

BAROJA

Con motivo de un estreno

Existe un texto de Baroja realmente extraordinario, escrito con ocasión de estrenarse «Adiós a la bohemia». Resume allí las razones por las que no ha escrito teatro. Un primer punto estaría en la agonía de la expresión dramática. «El crear algo nuevo en el teatro me parece imposible. El teatro, desde hace mucho tiempo, ha dejado de inventar para repetirse». El renovarse o morir de D'Annunzio se transformaría, según Baroja, en un repetirse o morir. Baroja no siente ni el entusiasmo proselitista ni las ganas de conocer los trucos formalistas que —también, según él— exige el escribir teatro. Tampoco puede soportar la «retórica un poco casera, vulgar y al mismo tiempo falsamente naturalista, que la gente de teatro considera el lenguaje típico de las pasiones». En última instancia, sin embargo, lo que para Baroja ha sido el mayor freno, lo que «más le ha estorbado» ha sido la idea del público.

No sé hasta qué punto pueda tomarse esto último como una manifestación del «individualismo» de Baroja. No es igual público que sociedad, y precisamente una de las tragedias esterilizadoras del teatro es que aquél ha dejado de ser una representación cabal de la comunidad. El público es un pequeño sector —¿cómo trabajar para un público al que no se ama?», decía el dramaturgo portugués Santareno—, con intereses y niveles culturales muy definidos. Y quien no está con esos intereses ni dentro de esos niveles es lógico que se pregunte si tiene algún sentido elegir el teatro como medio expresivo.

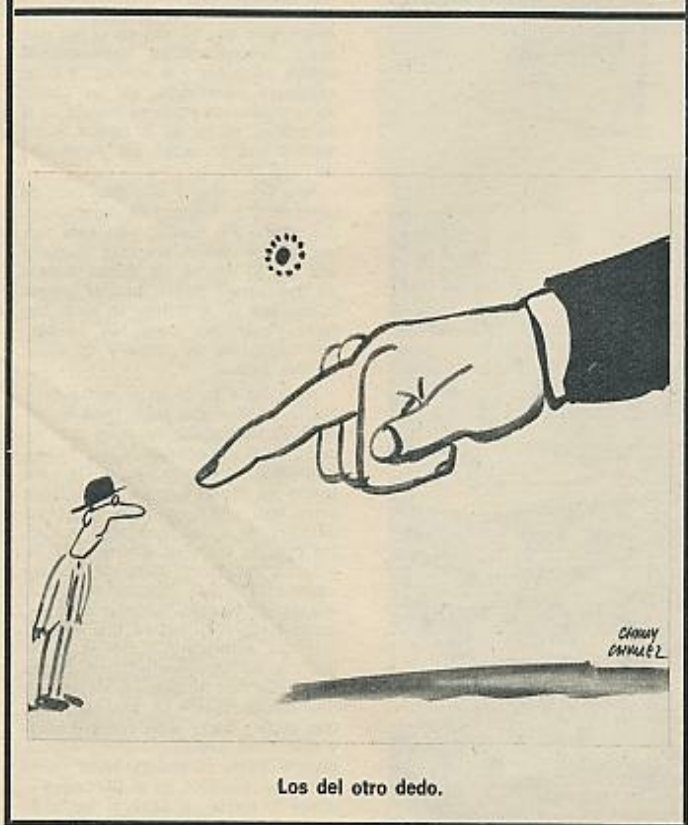
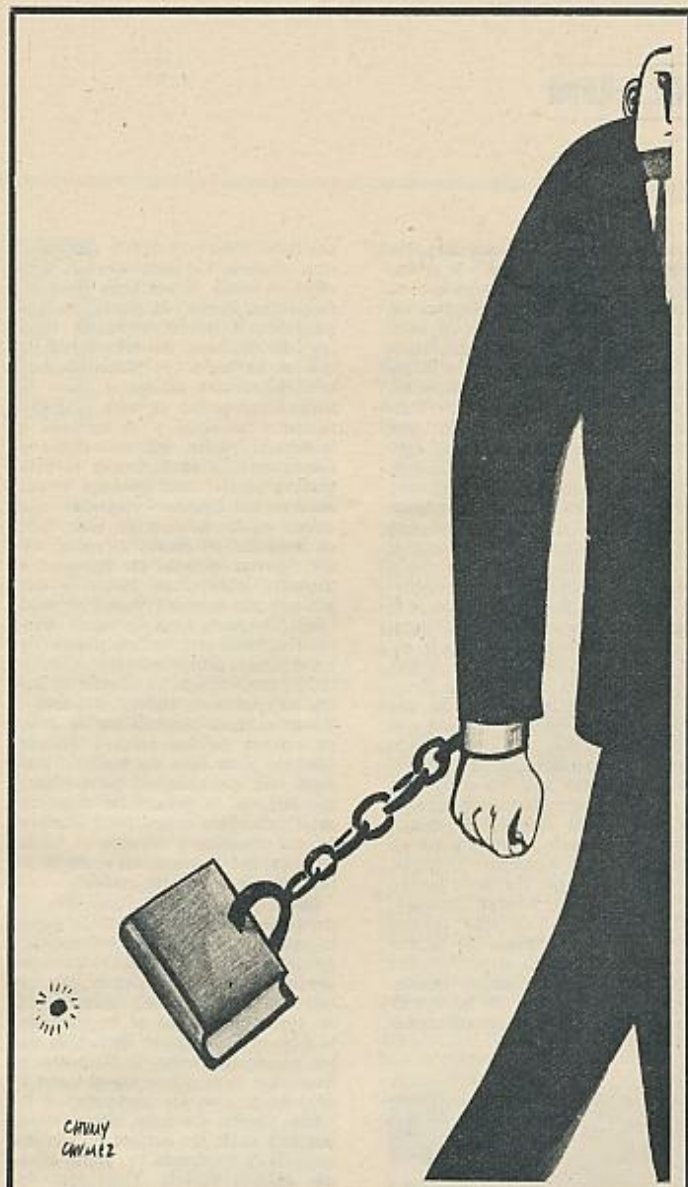
Las respuestas pueden ser distintas a las que dio Baroja, e igualmente coherentes. O quizá más, sobre todo si se introducen una serie de elementos que los «escritores» no han sabido considerar. Lo que queremos decir, en este año barojiano de 1972, en el que van a menudear los actos y conmemoraciones del centenario de su nacimiento, es que si Baroja no escribió teatro fue porque estaba por encima —y en contra— de los niveles establecidos en los escenarios españoles. Seamos conscientes de cuanto hay en ello de acusación a la hora de agitar el incensario de las celebraciones.

Dos obras dramáticas

Entre las «exiguas tentativas teatrales» de Baroja, la más conocida es «La leyenda de Jaun de Alzate», novela dialogada, considerada en los últimos cada vez más elásticos e imprecisos de la «literatura dramática». Confieso que para mí, después de leer todos los «intentos» de Baroja en este campo, las dos obras que me parecen mejores, más curiosas y dignas de estudio son «Todo acaba bien... a veces» y «El horroroso crimen de Peñaranda del Campo». La primera es una insólita tragicomedia. De un lado juega Baroja con los recursos del folletín. Del otro, es casi una crónica aubiana sobre los problemas de que llegaron a la Francia del Frente Popular empujados por la Guerra Civil española. El folletín es algo así como el elemento distanciador, la deliberada ironía de que se vale el autor para mostrar críticamente una historia sólo aparentemente trivial. Los juicios sobre la guerra española son de enorme interés (la obra está fechada en el 37, en París) y han de ayudarnos a comprender a Baroja en un punto fundamental. La otra obra, «El horroroso crimen...», es una historia que, por ejemplo, se anticipa en muchos extremos a «El verdugo», de Berliand. También aquí hay un condenado, una ejecución a garrote en perspectiva y un verdugo que quería ganarse unos duros y no sabe cómo salir de la trampa. Sólo que aquí, en el último instante, cuando el condenado ya ha conocido las mieles de la capilla, del puro y la última comida, se descubre que la presunta asesinada vive y que el mozo lo ha hecho todo para merecer la admiración y la atención que jamás se le habían dispensado. Todo acaba con una patada en las posaderas del condenado y la destrucción de la muerte gloriosa que éste se había imaginado.

Es un texto que algún día alguien revisará. Y que, como ya ha sucedido con otros, interesará en la medida en que acaba con esa retórica «casera y vulgar» a que aludía Baroja para colocar otra mucho más imaginativa, más agresiva y más viva. Porque a fin de cuentas Baroja siempre escribió de aquello que conocía bien y le había pasado a él mismo o estaba a su alrededor. ■ J. M.

La biblioteca de su casa de Vera.



Los del otro dedo.